



DIGNA INDIGNIDAD

Fernando Almena



(Despacho. UNO, al principio, sentado tras la mesa. DOS, en cualquier lugar de escena. Rondan los 50 años. Visten traje oscuro, uno con camisa y corbata azul, y el otro con camisa y corbata rosa. UNO parece cariacontecido. DOS, despreocupado.)

UNO.- No sé...

DOS.- No sabes qué.

UNO.- Me encuentro incómodo. Tengo... tengo una extraña sensación...

DOS.- ¿Remordimientos?

UNO.- Tampoco es... Cómo te diría yo... Una sensación rara, como... como la del adolescente que ha perdido..., te parecerá una tontería, que ha perdido la virginidad, eso es.

DOS.- Si tuvieras esa sensación estarías contento, exultante, no con cara de funeral. Poca experiencia me parece que...

UNO.- *(Solapando sus palabras.)* Se ve que tú jamás tuviste esa sensación.

DOS.- ¿Que yo..., que yo...?

UNO.- En tu adolescencia desde luego no.

DOS.- No, si yo ya en la guardería... ¡No te fastidia...! *(Pausa.)* No entiendo tu actitud, tú de virgen no tienes nada, no es la primera vez que aceptas...

UNO.- De modo tan perentorio, tan a las claras, no.

DOS.- Al señor le gustan los ambages, pues a mí no, me gusta lo directo. Y creo que el planteamiento fue sin circunloquios.

UNO.- Demasiado.

DOS.- Pero lo aceptaste, igual que yo, pero no estoy dándole vueltas.

UNO.- Sin el debido análisis.

DOS.- *(Recalca.)* Lo aceptaste.

UNO.- Esa es la razón de mi inquietud.

- DOS.- No me irás a decir ahora que tienes problemas de conciencia, ¿eh? Que te he visto quitar de en medio con malas artes a quienes te estorbaban para escalar puestos en las listas.
- UNO.- (*Parece crisparse, pero se domina.*) El arte de la política.
- DOS.- (*Mordaz.*) «El arte de la manipulación política».
- UNO.- Me parece impropio el comentario.
- DOS.- De Joseph María Colomer.
- UNO.- Me trae al paio lo que comente ese señor. El comentario desafortunado me parece el tuyo.
- DOS.- «El arte de la manipulación política» es un libro de Colomer. ¿Lo conoces?
- UNO.- No sé, saludas a tanta gente en campaña...
- DOS.- Digo el libro, ¿que si lo has leído?
- UNO.- ¿También vamos a tener la obligación de leer libros? Esta profesión se está poniendo cada vez más difícil. ¿Y tú, lo has leído?
- DOS.- Solo he leído la contracubierta. Suficiente.
- UNO.- Ganas de perder el tiempo.
- DOS.- Tu responsabilidad es el urbanismo, pero la mía, cultura. Hay que guardar las formas...
- UNO.- (*Sarcástico.*) ¡La contracubierta...! Como si fueras un crítico literario.
- DOS.- Peor es lo tuyo, que solo lees el Plan General de Urbanismo.
- UNO.- Hay quienes afirman que es lo más parecido a los clásicos.
- DOS.- Por eso, para mí, que no lo entiendes.
- UNO.- No seas... Al menos admitirás que es más provechoso.
- DOS.- Debe de serlo cuando es lectura obligada de constructores e inmobiliarios.
- UNO.- ¡Basta ya!, me estás desviando del asunto.
- DOS.- Olvídate, ¿quieres?, a lo hecho, pecho. (*Sonríe pícaramente.*) ¿Te han presentado a la nueva secretaria del alcalde?
- UNO.- Y dale, quiero centrarme en el asunto principal.
- DOS.- ¡El de tu extremada inquietud!
- UNO.- Motivos tengo.
- DOS.- Pues yo, ninguno. No existe el menor riesgo. Todo quedó claro. Ellos han de mover pieza primero. Nosotros no moveremos un dedo mientras no suelten un generoso... anticipo. ¿Dónde has visto un... un asunto más seguro, más simple, más... más limpio?

- UNO.- Tampoco te pases. En la simpleza es donde veo el peligro. No entiendo cómo hemos podido fiarnos. Alguien llega de parte de alguien... de una empresa de nuestra confianza, que quedó en que nos mandarían a alguien, nos da una tarjeta en la que aparece como importante cargo de esa sociedad, nos hace una propuesta y nosotros, con todas nuestras conchas, picamos como pardillos.
- DOS.- No sé por qué hemos picado como pardillos. Precisamente siempre que hemos... picado, jamás ha sido como pardillos.
- UNO.- Algo me dice que hemos caído en una encerrona. (*Sonríe con amargura.*) El tío llevaba un maletín.
- DOS.- A ver por qué no va a poder llevar un maletín un alto ejecutivo. Quizá fuera su portátil.
- UNO.- (*Irónico.*) Claro, como ahora aprovechan para trabajar con el portátil hasta en el váter...
- DOS.- Hay mucho vídeo porno en internet...
- UNO.- ¡No te apartes de la cuestión! Llevaba un maletín del que no se separó un instante. Ese maletín me olía mal.
- DOS.- Hoy quienes llevan el almuerzo en un maletín son los albañiles y los ingenieros de Caminos, pero un directivo... A mí me olía a pasta (*frota el pulgar y el índice.*), y a ver si a estas alturas no voy a distinguir el olor de los maletines.
- UNO.- Los de cultura no os enteráis de nada, y eso no es de ahora. Olía a grabadora.
- DOS.- No jodas, a graba...
- UNO.- Sí, sí, a grabadora. Para mí que es un periodista que nos ha tendido una trampa. De algún modo se ha enterado de que alguien... de nuestra confianza había quedado en enviarnos un... mediador, mejor, un seguidor, se ha hecho con una tarjeta y ha usurpado el puesto.
- DOS.- (*Empieza a preocuparse.*) ¿Y qué podemos hacer para averiguar si es así?
- UNO.- Estar atentos a los medios de comunicación, e incluso a los programas basura de la tele.
- DOS.- Y por qué no llamamos a ese... alguien de nuestra confianza y se lo preguntamos. (*Al ver la cara de contrariedad de UNO.*) No, claro, sería levantar la...
- UNO.- Nada hay peor que una estampida. A correr, y si te he visto no me acuerdo. ¿Cómo vamos a correr nosotros si nos han atado a la mesa?

- DOS.- De todos modos, tú eres un rato pesimista.
 UNO.- Y tú un confiado, que me arrastraste a aceptar precipitadamente.
 DOS.- No, si ahora va a resultar que la culpa es mía. Entérate, yo no soy nadie. Soy el de cultura, que pasaba por aquí.
 UNO.- No me cabrees..., no me cabrees...
 DOS.- Vale, ya me dirás qué podemos hacer.
 UNO.- Solo hay una manera de frenar el asunto en cuanto se destape. Existen precedentes en el extranjero.
 DOS.- ¿Sí, cuál es la mágica solución?
 UNO.- El suicidio.
 DOS.- (*Alucinado.*) ¿El... el suici...?
 UNO.- Sí, el suicidio.
 DOS.- Pe... pero tú estás loco.
 UNO.- Es la única forma de salvar nuestra dignidad.
 DOS.- ¿La dignidad? ¿Qué es eso de la dignidad?
 UNO.- Lo mínimo que debe quedar a un político honrado.
 DOS.- (*Irónico.*) ¡Ah, bueno!
 UNO.- A todo político que se precie de serlo.
 DOS.- La dignidad es solo la postura hipócrita de quien no la tiene.
 UNO.- ¿Quién ha dicho eso!
 DOS.- Supongo que Bernard Shaw, como siempre.
 UNO.- Te guste o no, si el asunto estalla, lo único que nos queda es el suicidio.
 DOS.- Hasta ahí podríamos llegar. Conmigo no cuentas, me siento incapaz. (*UNO abre un cajón de su escritorio y extrae una pistola.*) Oye, guarda eso, mira que las carga el diablo.
 UNO.- La he cargado yo.
 DOS.- Peor aún. Ya te he dicho que soy incapaz.
 UNO.- Lo haré yo por ti.
 DOS.- Bueno, si así lo quieres, suicídate.
 UNO.- Lo haré yo por ti, te mato y, luego, me suicido.
 DOS.- ¿Y si te arrepientes en el luego?
 UNO.- Soy hombre de palabra.
 DOS.- Ya, ¿y por qué no lo hacemos al revés?
 UNO.- Porque tú no tienes licencia de armas.
 DOS.- Tú estás loco. (*Hace ademán de dirigirse a la puerta.*) Yo me largo.
 UNO.- (*Le apunta.*) De aquí no se mueve nadie.
 DOS.- (*Retrocede.*) Vale, vale.

CARTAPACIO

(Suena el teléfono. UNO lo coge, sin dejar de apuntar a DOS.)

UNO.– Diga. ¿El señor de esta mañana? *(Titubea.)* Dígale que pase.

(Cuelga. Con extrañeza.) Ha vuelto.

DOS.– Dijo que volvería.

UNO.– No creo que sea para... Quizá para intimidarnos. Así sabremos la verdad. Pero si no dice nada, *(agita la pistola.)* le obligaremos a confesar, y cuando lo haga, te mataré, después a él y me suicidaré.

DOS.– Y por qué no empiezas por él, te suicidas y, después, lo hago yo.

UNO.– No me fío de ti. Empezaré por él, pero, luego, tú. *(Unos golpes a la puerta. UNO guarda la pistola en un bolsillo.)* Pase.

(Entra TRES, de unos cuarenta años y vestido con la ridícula elegancia de un alto ejecutivo. Lleva un maletín.)

TRES.– Bien, señores, aquí estoy. Les dije que volvería.

(Les tiende la mano, que ellos estrechan sin demasiado entusiasmo. DOS va avanzando hacia la puerta.)

DOS.– ¡Ah!, y ha traído el ordenador.

TRES.– No es un portátil, sino un maletín. *(Lo coloca sobre la mesa y lo abre.*

UNO y DOS miran el contenido y se les enciende la mirada.) Es el anticipo prometido, y en billetes de 200 y 500.

UNO.– *(Que con disimulo devuelve la pistola al cajón.)* Está bien, *(lo tutea ya abiertamente.)* has cumplido con toda celeridad.

TRES.– Cumplir con los compromisos es para mí cuestión de dignidad.

DOS.– En nuestros puestos todos hemos de ser personas muy dignas, *(a UNO.)* ¿verdad?

UNO.– Dignos hasta la muerte.

FIN